

**REVISTA CIDOB D'AFERS
INTERNACIONALS 57-58.**

**Europa y la seguridad global en el
Mediterráneo.**

Debate.

Potenciación del diálogo de Seguridad en el Mediterráneo.

Debate

Potenciación del diálogo de Seguridad en el Mediterráneo

Gamal Soltan

Investigador, Al Ahram Center for Political and Strategic Studies, Egipto

Durante cinco o seis años ha habido una falta de progreso en el diálogo euromediterráneo sobre seguridad, lo cual es muy decepcionante, y desconfío en que se renueve o revivifique, ya que se basa en los mismos principios que se utilizaron cuando se inició, y que hasta hoy no han traído ninguna solución. Por lo tanto, se debe redefinir el problema.

En primer lugar, creo que hay una falta de entendimiento estratégico entre el Norte y el Sur. En el Norte, dentro del contexto del proceso euromediterráneo, no creo que existan preocupaciones sobre *hard security* respecto a los países del sur. No se concibe la posibilidad de que una coalición de países sureños lancen una ofensiva o alteren el orden establecido. Tampoco creo que los países del sur teman una posible injerencia militar por parte del Norte para atacar sus intereses. Por lo tanto, las cuestiones sobre *hard security* no pueden incluirse en este aspecto de las relaciones Norte-Sur.

Entonces, quizás el problema es que cuando nos referimos al diálogo sobre seguridad lo hacemos desde la perspectiva de las cuestiones de *hard security* y esto crea mucha confusión. El tema de la *hard security* en el Mediterráneo es principalmente una cuestión Sur-Sur. En este sentido, la UE debe plantearse la manera de ayudar a los países del sur a tratar sus propios problemas de seguridad, ya que la Comunidad puede hacer la función de catalizador para difundir, solucionar y/o disminuir las importantes cuestiones sobre seguridad Sur-Sur.

El otro problema de los temas de seguridad en el Sur es su falta de homogeneidad. Esto quiere decir que hace falta diferenciar las cuestiones sobre seguridad Sur-Sur. Existe, por un lado, la preocupación del conflicto árabe-israelí, importante para los países del este del Mediterráneo; y, por el otro, en el oeste del Mediterráneo, la implícita, y a veces explícita, rivalidad entre Marruecos y Argelia, entre otros casos. Este último también es un tema de

hard security, pero completamente diferente. No podemos tratar el conflicto árabe-israelí de la misma manera que tratamos las cuestiones sobre seguridad en la zona oeste del Mediterráneo. Por lo tanto, se deben hacer diferencias en las cuestiones sobre seguridad Sur-Sur.

Por su parte, las cuestiones sobre seguridad Norte-Sur son básicamente de baja intensidad o *soft security*. Se habla de migraciones, de la inmigración legal e ilegal, del tráfico de drogas, de la extensión del terrorismo a causa de las difíciles condiciones internas o domésticas en la economía y en la política, etc.

El diálogo Norte-Sur es importante. Ambas orillas tienen que debatir detalladamente estas cuestiones: sus preocupaciones sobre seguridad, sus percepciones, etc. En otras palabras, nuestros líderes no pueden hablar sobre los planes de seguridad para disminuir estos problemas sin haber, primero, hablado y llegado a un acuerdo sobre las amenazas de los diferentes países. Se debe diferenciar entre Norte-Sur, Sur-Sur, *hard security*, *soft security*, etc. Las amenazas Norte-Sur son básicamente de *soft security* y deben incluirse en el diálogo Norte-Sur. Esto ayudará, por un lado, a clarificar los métodos y los enfoques; y, por el otro, también a desarrollar los instrumentos necesarios para tratar las cuestiones de *hard security* del Sur.

Alessandro Politi

Ex asesor del Ministro de Defensa, Italia

En relación a lo que ha dicho el General Quesnot, quiero apuntar que en la utilización del artículo 5 del Tratado del Atlántico Norte hemos tenido un gran problema. Lo hemos utilizado de manera correcta en el ámbito político, pero no en el diplomático e institucional. El artículo 5 no podía aplicarse en este caso. En otros casos no se aplicó, como en el ataque exterior armado contra Turquía por parte del PKK; o en el caso del atentado de Lockerbie. Si analizamos el tratado, si analizamos el concepto estratégico actualizado en 1999, el terrorismo no entra en la categoría de agresión armada. Y esto ha producido un fallo muy profundo en el interior de la Alianza Atlántica. Hemos empleado por primera vez este artículo sin hacerlo correctamente. Ha sido útil políticamente hablando, casi indispensable, pero totalmente desacreditador.

Hani al-Hassan

Director, Departamento de Relaciones Exteriores, Fateh, Palestina

Seguridad y democracia siempre van unidos; no podemos tener seguridad sin democracia, y viceversa. En Oriente Medio, en el Sur, a causa del aumento de armamento, de la extensión del Ejército y los órganos de seguridad, estos sectores dominan la vida polí-

tica de los países de la zona. En ocasión del Acuerdo de Oslo se consultaron todas las fuerzas democráticas de los países árabes, y éstas reconocían que era el único camino hacia la democracia. Pero después de 1993, Estados Unidos impuso un nuevo orden en la zona basado en su alianza con Turquía e Israel, excluyendo a los países árabes, a los que por otra parte impuso la condición –desde Marruecos hasta Oriente Medio– de destruir las fuerzas islamistas antes de que éstas crecieran. Y mientras Egipto, Turquía y Argelia aceptaron, Marruecos rechazó la propuesta. Si miramos a estos países hoy en día nos damos cuenta de que Marruecos es el único país que no tiene problemas islamistas internos. Los otros países han creado, ellos mismos, el problema. Siempre miramos el centro del mundo. Y ¿qué es el centro del mundo? Para Oriente Medio hoy es Estados Unidos, pero los palestinos queremos añadir Europa, ya que estamos cansados de que Oriente Medio sea una zona de guerra. Europa tiene que jugar su papel en la solución del conflicto palestino-israelí. Por otro lado, hay que hacer una distinción entre el pueblo palestino que lucha por su liberación y las personas que cometen actos terroristas fuera de Gaza y Cisjordania, en particular fuera de Palestina. Acepto la idea de que se trata de un conflicto Sur-Sur, pero también es asunto de Estados Unidos y Europa. Queremos tener observadores de Europa y Norteamérica. Debemos solucionar muchos problemas, pero sin basarnos exclusivamente en que Turquía, Estados Unidos e Israel sean el nuevo orden.

Fouad Ammor

Investigador, GERM (Groupement d'Études et de Recherches sur la Méditerranée), Marruecos

Cuando intentamos analizar las verdaderas causas que ponen en peligro la estabilidad de la orilla sur del Mediterráneo, podemos nombrar un cierto número de factores de desestabilización: el conflicto árabe-israelí, el déficit democrático, los problemas sociales, los problemas económicos. Pero hay que ir más allá de estos factores, intentar jerarquizarlos según su importancia. Podemos intentar responder a esta pregunta: ¿Por qué esta actitud antiamericana? Los norteamericanos han descubierto, de repente, después de los atentados del 11 de septiembre, hasta qué punto son odiados. No saben el porqué. Se ha realizado una encuesta cuyos resultados son bastante significativos, ya que la respuesta más recurrente ha sido “por la política que los norteamericanos llevan a cabo en el conflicto árabe-israelí”. Por lo tanto, el conflicto árabe-israelí es el problema principal que provoca la inestabilidad en la región. Pero a esto hay que añadir que, a menudo, los norteamericanos –también los europeos– dan más prioridad a la estabilidad que a la democracia. Se puede, por supuesto, apoyar un cierto número de regímenes no democráticos, porque acallan a su población, pero a medio plazo esta acción va a tener un impacto social y unas consecuencias imprevisibles. Creo que estamos reproduciendo un número de problemas que precisamente surgen en el momento de la Declaración de Barcelona. En 1995

Europa estaba deslumbrada por la cuestión de la seguridad, pero se estableció un proceso, una Declaración de Barcelona muy generosa, y muy global si la colocamos en su contexto histórico. Hoy, después del 11-S, las palabras estabilidad y seguridad vuelven a ser claves en el discurso. Si vamos hacia esta dirección, nos arriesgamos a poner *sine die* otros problemas más urgentes, como el de la democracia, el problema del equilibrio de fuerzas en el seno de los países del sur, no solamente político, sino también económico. Si no cambiamos de rumbo no creo que se puedan reunir las condiciones para una verdadera estabilidad y seguridad, no podrán evitarse los conflictos. Los movimientos radicales islamistas existen porque nosotros reunimos las condiciones para que surjan y se desarrollen. Y resolver el conflicto árabe-israelí no es fácil, pero se puede conseguir, y Europa debe actuar de una manera más responsable respecto a este proceso. No podemos dejar que los norteamericanos estén solos en el primer plano. Hay una corresponsabilidad europea. También hay una corresponsabilidad en relación a la manera de gestionar los asuntos públicos en los países del sur. Hablamos de la condicionalidad y la transparencia, con la perspectiva de permitir una situación mucho más estable.

Jesús Núñez

Director, IECAH, España

Es frustrante asumir la propia incapacidad para cambiar las cosas y, en ese sentido, creo que así estamos en el ámbito de la seguridad mediterránea. Mientras nosotros nos seguimos preocupando fundamentalmente por establecer fórmulas que en realidad lo que tratan es de mejorar nuestra propia imagen —sea el diálogo de la OTAN, sea la creación de Eurofor, Euromarfor—, parece que estamos olvidando que la principal preocupación de seguridad en la zona, cuando hablamos de *hard security*, es básicamente de naturaleza Sur-Sur. Y el Proceso de Barcelona en su momento ya dijo que no estaba diseñado para tratar esos problemas, ya que cada uno de ellos tenía su propio foro, por lo tanto, quedan claramente en un segundo plano. No podemos hacer nada mientras en el conflicto árabe-israelí Europa siga pugnando por ocupar una esquina de la mesa.

Respecto a lo que ocurre en la zona después del 11 de septiembre, creo que estamos optando por esquemas que pretenden conseguir la seguridad y la paz internacional básicamente a través de instrumentos militares, dejando escapar una vez más los llamados dividendos de paz surgidos de la posguerra fría para luchar contra lo que todos los estudiosos sobre conflictos identifican como causas que generan los conflictos (pobreza, exclusión, etc.) Seguimos optando por una política reactiva mucho más que por una política preventiva y, en ese sentido, en el Mediterráneo no veo que ahora haya nada sustancialmente fuerte que dé a entender que estamos abriendo políticas de inmigración, asilo o refugio. Sabemos que va haber recortes en las políticas de inmigración, en

las políticas de asilo, caídas en la inversión, en turismo, en ayudas al desarrollo; en definitiva, no vemos que haya ahora mismo nada que vaya, de manera prioritaria, a luchar contra las causas que están generando los conflictos. Por lo tanto, no veo actualmente una voluntad de modificar este programa.

Antoni Segura

Catedrático de Historia Contemporánea, Universidad de Barcelona

No creo que el 11 de septiembre haya sido un aldabonazo que nos hiciera reflexionar. Es más, veo una continuación de las propuestas que ya se venían efectuando antes y que seguramente tienen algo que ver con lo que ha pasado el 11-S. Por ejemplo, he escuchado que gran parte de las manifestaciones del mundo musulmán ha dado apoyo a los atentados. Pienso que aquí hay que ser más precisos en los análisis. En el mundo musulmán, al menos, han pasado tres cosas: a) que, efectivamente, hay unos niveles de frustración por determinados conflictos –y no estoy pensando en Afganistán precisamente– que llevan a la gente a salir a la calle a manifestarse; b) que, seguramente, ha habido un rechazo a los “daños colaterales” en Afganistán, es decir, a los bombardeos que en algunos momentos alcanzan a la población civil; c) que el apoyo a Bin Laden es propio del sector más minoritario de los que ha salido a la calle.

Hay que tener esto presente, porque sino puede haber el peligro de confundir la parte con el todo y hacer una amalgama de la cual después las consecuencias pueden ser graves.

Contrariamente a algunas de las opiniones que se han expresado, pienso que el error de la política que se ha seguido ha sido precisamente el de determinados apoyos, como el de Arabia Saudí, y pienso que es una de las relaciones que se tendrían que revisar. Y apoyos, incluso, a algunos de esos países que se proclaman responsables, como el régimen militar en Argelia, incluso pienso en Túnez y en Egipto, con los cuales habrá que ser un poco más exigente a la hora de hacer determinadas alianzas casi incondicionales. El error ha sido, en definitiva, mantener relaciones ambiguas y cerrar los ojos a la conculcación de derechos fundamentales en determinados países del sur en aras de relaciones que proporcionen beneficios inmediatos pero que, a mi modo de ver, generan incertidumbre e inseguridad para el futuro. Y quizás el aldabonazo del que hablamos antes iría un poco en este sentido, en revisar las políticas que hemos llevado a cabo hasta ahora. Creo que se deben apoyar los procesos de transición, no los de bloqueo político, aunque ello, tal como decía Jesús Núñez, imponga establecer relaciones o al menos escuchar la opinión de los grupos islamistas moderados.

En definitiva, debemos apostar por la democratización de estos países y por los grupos que están llevando a cabo este proceso y, sobre todo, evitar en la medida de lo posible que el incremento de la seguridad vaya en detrimento de las libertades.

Yaacov Bar-Simon-Tov

Director, The Leonard Davis Institute, The Hebrew University, Israel

A veces me pregunto, ¿de qué diálogo se está hablando? Y, en realidad, creo que de un mayor diálogo entre ustedes los europeos, y no entre el Norte y el Sur. Y no me gusta utilizar los términos Norte y Sur. Estoy completamente de acuerdo con Gamal Soltan en que es muy importante hacer una diferenciación en este tipo de debate y también estoy de acuerdo en que no todo el Mediterráneo puede participar en el debate. Hay que hacer una distinción entre todos los problemas que existen. Por otro lado, he descubierto que Europa está preocupada por los problemas de seguridad en Oriente Medio, pero no estamos hablando sobre la cuestión de seguridad, sino qué impacto tendrán estos problemas en Europa. Y este es otro tema. Además existe otro problema sobre el lenguaje común. Creo que no hay un lenguaje común y la gente, en realidad, enmarca los conflictos y los problemas de manera distinta a como los presentamos aquí. Estoy de acuerdo con Elvira Sánchez en que la cuestión de un lenguaje común es la precondition para un debate en el futuro. También estoy sorprendido al ver que no hay norteamericanos aquí; no podemos excluir a Estados Unidos, aunque estemos hablando sobre Europa, ya que es un actor muy importante, sobre todo después del 11 de septiembre. Si miramos quién está involucrado en la mediación en esta zona, éste es únicamente EEUU; si observamos el conflicto de Irlanda, es Mitchell; si pensamos en Palestina, es, otra vez, Mitchell; si pensamos en el Sáhara, es Mitchell; si nos centramos en Chipre, es también EEUU. La cuestión es saber cómo Estados Unidos puede implicarse en estos temas en calidad de socio de Europa.

El último tema que quiero abordar es la cuestión de los valores occidentales y la democracia. Creo que estamos intentando establecer nuestros valores occidentales, que yo acepto, reconozco y me gustaría que estuvieran presentes en Oriente Medio, pero estos valores son percibidos como amenazas en la mayoría de las sociedades. ¿Cuál es la relación entre democracia e Islam? ¿Qué motivaciones ha tenido Bin Laden? No es solamente EEUU, señor Hani al-Hassan, es un problema de democracia y Occidente, y no se puede excluir a los europeos de este tema.

Narcís Serra

Presidente de la Fundació CIDOB

Para concluir este bloque me gustaría formular tres ideas. En primer lugar, entiendo que el Proceso de Barcelona, el diálogo euromediterráneo, no se puede dividir en tres cestas. Es decir, que debe haber un avance conjunto en los tres ámbitos que la Declaración contempla.

En segundo lugar, creo que Europa tiene que prepararse para formular una política de verdad, sobre todo después del 11 de septiembre, y la primera ocasión para ello es Laeken. Si en este foro no se actúa correctamente será muy difícil en un futuro corregir ese primer paso. Y en este punto, haciendo referencia al aspecto comercial, comparto la opinión del profesor Burgelin cuando mantiene que Europa no puede dirigirse a los países del Mediterráneo ofreciendo el libre comercio como si fuese una gran ayuda, ya que, como ha quedado demostrado en ocasiones anteriores en América Latina y Asia, muchas veces ofrecer el libre comercio es ofrecer problemas enormes de desigualdad, cohesión social, aceptación política de la nueva situación, etc. O Europa se toma en serio el desarrollo económico de sus vecinos, o que no diga que ha ofrecido libre comercio, que ha hecho una oferta importante y generosa, ya que no es cierto. Además, consciente o inconscientemente, en la opinión pública, incluso de nuestros países, ya está instalada la idea de que ofrecer el libre comercio es en nuestro propio beneficio, sobre todo si este libre comercio excluye la agricultura.

La afirmación que mantengo de que hay que rehacer esa política, y con mucha más fuerza después del 11-S, la fundamento en la necesidad de que Europa juegue un papel crucial, en primer lugar en relación a los países del Mediterráneo, ya que si no es así no va a tener ningún peso a nivel global. El problema de Europa a la hora de reformular esa política es que el proceso de unión política está poco desarrollado y que carece además de una política exterior. Y por lo tanto, ni el Proceso de Barcelona ni una política de diálogo en el Mediterráneo funcionará si no lo hace la política exterior europea. Cuando el Proceso de Barcelona excluyó los conflictos fue por el complejo de Europa de no tener capacidad para enfrentarse a ellos. No pensemos que fue por la existencia de otros foros. El motivo fue que en 1995 no había conciencia de que hubiera una posición europea ni una política exterior europea que pudiera enfrentarse a estas situaciones. Yo creo que después del 11-S, la primera prioridad para Europa, en este momento, es la de tener una política exterior, dibujar su lugar en el mundo. Y creo que uno de los pasos que legitimaría mejor a la UE frente a su opinión pública sería precisamente el dibujo de un papel sólido en el mundo globalizado, que tenga una política exterior ligada a los derechos humanos, a la gobernabilidad mundial. En este sentido, el diálogo Europa-Estados Unidos es esencial, ya que es evidente que hay discrepancias. No hay solución para la estabilidad mundial si no hay diálogo con la primera potencia. Europa tiene que tener un acento claro en la dirección multilateral, en la dirección de defensa de los derechos humanos y reequilibrar el desequilibrio que ha primado estabilidad a corto plazo, frente a democracia o derechos humanos que suponen una estabilidad a largo plazo. Si Europa encontrase la forma de crear política exterior de verdad, el tema Mediterráneo, como pieza prioritaria, se encarrilaría.

Se ha hecho referencia al conflicto de Palestina e Israel, al cual yo añadiría el del Sáhara y la situación de Afganistán tras los atentados del 11-S. Quiero destacar la importancia que

tiene la resolución del conflicto del Sáhara para dar mayor estabilidad al país en el que las cosas se mueven, para algunos despacio, pero en la dirección correcta. Desde hace cinco años hay más democracia en Marruecos. Sin embargo, si falta criterio conjunto entre Francia y España va a ser muy difícil que se avance en el tema del Sáhara. La forma de tener un mismo criterio sería pactar una política europea. Después del 11-S, Europa ha ejercido una gran influencia para que el conflicto de Afganistán no se extendiera hacia Irak, como probablemente querían Paul Wolfowitz y hasta el mismo Donald H. Rumsfeld. Al mismo tiempo, la UE ha pesado en la modificación del lenguaje norteamericano de los primeros días, que habría supuesto un gran obstáculo para la conducción del conflicto. Es ahora, cuando acabe el tema de Afganistán, el momento de empezar verdaderamente la construcción de un mecanismo para luchar contra el terrorismo. Un mecanismo multilateral y legitimado por las Naciones Unidas. Europa tiene aquí un papel esencial y, a la vez, debe trabajar en la realidad del Mediterráneo, para demostrar que encuentra la forma de construir una política e implementarla. Y esa política nos llevaría automáticamente a una revisión más positiva del Proceso de Barcelona y del tema de seguridad.